



VITRINA

DE LOS

LIBROS

MEMORIAS DEL MESTIZAJE

JOSE CONSUEGRA HIGGINIS*

Más que a Otto Morales Benítez conocí, por primera vez, su sonora carcajada. Yo hacía, como siempre lo he hecho, de rebelde. Y él, como es su costumbre, de pacifista y unificador del partido liberal. Fue en el año de 1959, después de la dictadura militar. Para entonces, un grupo de jóvenes recién salidos de las aulas universitarias, pretendíamos, en el Atlántico, mantener vivo el recuerdo de Gaitán, agitando banderas contra las oligarquías políticas de nuestro departamento.

Las circunstancias eran propicias para la insurgencia de los nuevos. Los antiguos jefes apenas se asomaban a la escena, después de permanecer buen tiempo en receso. Pero el doctor Alberto Lleras Camargo no quería divisiones, y por eso envió a Barranquilla a su hombre de confianza, con el encargo de promover una sola lista de candidatos al Congreso.

Y recuerdo todavía las carcajadas de Otto Morales Benítez, pues era lo único que podíamos escuchar los que, desde cierta distancia, permanecíamos en los jardines del Hotel del Prado, pendientes de su diálogo con los voceros de los dos bandos en discordia.

La misión de entendimiento se cumplió satisfactoriamente, mientras yo perdía mi precandidatura a la Cámara de Representantes, pues no quise aceptar que se incluyera mi nombre en la lista unificada. Lo que quiere decir que salí mal librado de aquella experiencia.

Después seguí de cerca a Otto Morales Benítez a través de sus libros. De manera regular leía para obtener el doble provecho que ofrece la pulcritud de su prosa y el contenido de sus juicios. Interesante conjunción, por cierto, este

*Profesor universitario. Economista.

maridaje de la redacción poetizada con el rigor del análisis, que aflora siempre en sus ensayos.

Hace poco escribí un artículo en *El Heraldo* sobre los dos volúmenes que recogen la *Obra Escogida* de Otto Morales Benítez, y no pude menos que abrir las puertas al sentimiento estimulado para dejar constancia del favor que se recibe cuando se lee por primera vez, o se vuelve a leer, una obra hecha con el rigor del humanismo y la entrega. Porque es la suya una creación intelectual abierta, libre del sectarismo o el prejuicio que excluye y limita, y dispuesta siempre a valorar el aporte ajeno, y a descubrir el color del paisaje y la sabiduría de nuestra tierra.

Ahora tengo en mis manos unos originales sobre el mestizaje de América Latina, que editará Plaza & Janés, bajo el patrocinio de la Universidad Simón Bolívar. Se trata de una compilación de notas inéditas y ensayos ya publicados, puestos en orden con el propósito de resaltar el valor de lo mestizo, como una realidad histórica que irrumpe en América Latina para moldear el destino de nuestros pueblos.

Memorias del Mestizaje es un canto a la latinoamericanidad. Nuestra historia, recuerda el autor, ha sido también madre fecunda en el avance de la ciencia y el arte. Es este un hecho que debe divulgarse con la voz en alto, para aplastar complejos y poner fin a los criterios minimizantes de los dominadores extranjeros. Y en las páginas de este libro abundan los testimonios y conceptos en forma de alegato, que son mezcla feliz de erudición irrefutable y denuncia afirmativa.

El estudio del mestizaje es, también, en Otto Morales Benítez, un poema de optimismo al devenir. Por cierto que nuestros mejores hombres lo fueron en tanto supieron comprender la importancia de la cultura triétnica, fruto exclusivo de la tierra latinoamericana. Bolívar, por ejemplo, entendió y supo valorar el destino del hombre mestizo. En la Carta de Jamaica hace saber que ya no somos indios, pero tampoco europeos, sino un mundo aparte, lleno de posibilidades y esperanzas.

El mestizaje es bandera de lucha, para identificar y esclarecer en el compromiso. Sin embargo es bueno que se tengan en cuenta fenómenos propios de los otros grupos raciales que exigen tolerancia y albedrío para su patrimonio cultural, y que, en ocasiones, sienten el atropello de blancos y mestizos dominadores. En este sentido, por razón de un mestizaje prevaleciente— categoría que pesa como realidad identificadora e instrumento defensivo— no puede descuidarse el respeto a la libertad y al derecho que tiene cada región y cada grupo humano en la preservación de sus valores étnicos.

Y es bueno que esto se mencione, pues en la América Latina poco cuidado se le tiene a un problema que en nuestros días conmueve al mundo. En un ensayo que escribió para la Revista *Desarrollo Indoamericano* el sociólogo Rodolfo Stavenhagen, trata este tema, para dejar constancia de cierta desidia, en este campo, de los investigadores sociales de América Latina. La cuestión étnica, que

viene a ser el conjunto de dificultades que se plantean cuando un grupo humano, en determinada región, defiende su raza, lengua, religión, arte, economía o costumbres, poco se analiza en el contexto de los fenómenos propios del subdesarrollo y la dependencia. Y es bueno que se diga, y establezca como meta y compromiso, que al lado de la valoración del mestizaje, hay que elevar a programa de trabajo político inaplazable, el respaldo y estímulo a la autonomía de los grupos indios y negros que en Colombia y América Latina, sienten cada día el peso de la discriminación. Es este un apartamiento que se manifiesta en el descuido de los poderes centrales, la distribución de los gastos administrativos, la carencia de oportunidades, la negación de recursos para un desarrollo propio, y la complacencia con colonos terratenientes, misiones religiosas, empresas nacionales o extranjeras que llegan a sus territorios a deteriorar sus culturas, apoderarse de sus tierras, recursos naturales y mineros.

A través de su obra de tantos años y desvelos, Otto Morales Benítez es soldado de la autenticidad. Para él la cultura es lo que se hace con las propias manos. No es la imitación, o la copia. Es la respuesta a lo extraño con el compromiso creador.

Siempre los pueblos dominantes se han encargado de menospreciar la cultura de los dominados. Es esta una táctica que se utiliza como herramienta de dominio. Más aún, se tiene el cuidado de aplastar o distorsionar esa cultura para que se facilite el vasallaje. Ante esa realidad histórica, la valoración de lo propio equivale a una toma de conciencia en la búsqueda de la autonomía vernácula que libera. Sin un pensamiento original, una cultura genuina y un aprovechamiento racional y conveniente de los recursos, la independencia se encuentra hipotecada. Esto lo saben muy bien los dominadores, y de ahí su empeño en el desdén por lo autóctono, y el afán por imponer, con todos los medios a su alcance, sus modelos y estrategias.

A veces los dominadores toleran y aceptan ciertas expresiones culturales de los países sometidos y dependientes. Es el caso de lo que sucede con la música, la literatura o la pintura. Y hasta se otorgan premios (Nobel, por ejemplo) a los novelistas y poetas. Pero jamás se valora el razonar económico o político, ni mucho menos se tolera que se establezcan regímenes con orientaciones y políticas distintas a los de sus intereses. Naturalmente la deducción económica y política apropiada y de conveniencia exclusiva de quien la expone, involucra para ellos muchos riesgos. La economía es la fuente de lo prevaleciente. Una organización social bajo el signo de la dependencia, se verá representada por una superestructura dependiente. El hecho económico, como estructura o base, refleja el pensamiento, el arte, las manifestaciones anímicas, para, a su vez, valerse de ellas, en sus contradicciones y su aporte de posibilidades dinámicas. La estructura económica dependiente facilita el dominio del supuesto interesado y extraño. Por eso donde se ha dado con más dificultad el encuentro con lo auténtico, es en el análisis social y en la teoría económica. Y es por eso, también, por lo que, como lo anota Otto Morales Benítez, en algunos períodos el arte ha venido a cumplir —como en la Colonia— un papel revolucionario.

Y el mismo encargo puede y debe llevarlo a cabo el mestizaje, como medio auxiliar en la tarea integradora de los pueblos latinoamericanos. El mestizaje es un denominador común, como el idioma y la religión. Pero la integración exige un cuerpo de doctrina económica y política que cuide de sus resultados. Hasta ahora la integración latinoamericana se ha valido de la teoría extranjera—costos comparativos, ampliación del mercado, presencia del capital foráneo, endeudamiento exterior, etc.— y de ahí que sus beneficios hayan sido para provecho de los extraños. La ausencia de una Economía Política propia, invalida en buena parte la misión del mestizaje. Y hasta su peculiaridad positiva revierte en descrédito, porque la audacia del dominador—colonialista o imperialista—llega hasta la infamia de inculpar al mestizaje como causal de subdesarrollo.

El presente libro se inicia con observaciones que toman la dimensión de tesis: en la propia Colonia el mestizo se vale de la pintura para emitir rebeldía. Con un barroco que utiliza las flores y las frutas de su trópico, rompe con los moldes traídos desde Europa. Es un gesto que incuba un estilo, pero también un proceso independiente. Al mestizaje de la raza le sigue el del espíritu, en compañía de la inquietud creadora y del rasgo rebelde. Es esta una simbiosis que opera bajo el influjo de lo dialéctico y dinámico. No fue, pues, la Colonia una época de mansedumbre y quietud. Por el contrario, a medida que aflora el mestizaje se continúa la lucha de los pueblos indígenas aislados.

En el papel prioritario que yo le otorgo al crecimiento y densidad de la población en la historia y desarrollo de los pueblos, encuentro que en la América Latina la gesta de la independencia es posible gracias a los nuevos recursos humanos—vale decir, el mestizaje— que surgen en las centurias siguientes al genocidio de la Conquista y de los primeros tiempos de la Colonia. Siempre los colonizadores tienen cuidado de destruir los pueblos y sus culturas, para asegurar mejor el dominio en los territorios invadidos. Para la América no hubo alternativa: o vasallaje absoluto o muerte. Culturas y tribus que no aceptaron el yugo dejaron de existir: en Colombia, por ejemplo, de los sesenta mil quimbayas sólo quedaron, un siglo después, sesenta y nueve; de los tres millones de indios de la Isla Española, en 1535 apenas se contaban doscientos. Cosa parecida sucedió en la mayor parte de la América. El hombre mestizo, que es el nuevo fruto de esta tierra, supe a la raza vencida en la resistencia y en el compromiso con la libertad.

En su canto al carnaval de Riosucio, Otto Morales Benítez deja correr su inspiración. En la vehemencia descriptiva la belleza de la prosa marcha de la mano con el ritual a lo castizo. El autor se embriaga en el recuerdo para darle validez folclórica al regocijo bullicioso. El carnaval es la fiesta de la cultura del pueblo, y el jolgorio que rompe por instantes las barreras de la sociedad clasista para facilitar el goce de una alegría igualitaria y compartida.

Para un hombre de la Costa como yo resulta fácil comprender el examen de la conducta carnestolénica. Aquí en Barranquilla, en Santa Marta, o en cualquier sitio de la región, por encima de la urdimbre de clisés que estampa la dependencia propia del sistema, en los cuatro días del carnaval el pueblo se sacude y saca a relucir a las calles, al son del tambor y la flauta de millo, los valores autóctonos

que empapan el aire y el paisaje con el legado del ancestro. El carnaval no es la borrachera ni las casetas, sino el mundo mágico de los danzarines, el pregón de las comparsas y la sátira del disfraz. En ningún otro momento, ni con tanta fuerza expresiva, el pueblo, en su conjunto, ofrece lo mejor y lo más puro de su arte elemental. Allí está él, en esas horas de algarabía, rompiendo barreras y emulando libertades con el viento.

Para Otto Morales Benítez, el diablo símbolo de su carnaval riosuceño, es un demiurgo con amplios recursos para conducir las complacencias del cuerpo y el corazón, la esperanza, la gracia y el intelecto. Distinto al diablo religioso que asusta y quema, el del carnaval de su pueblo es mensajero de gozo, como la **onda que ilumina y refresca el espacio y los ánimos**. Y ese diablo es así, porque es mestizo y nuestro, distinto, por cierto, al europeo que nos trajeron como arma de amenaza y sumisión.

El diablo mestizo, el de Riosucio, libera y democratiza: abre los brazos a la creación del espíritu y de lo sublime. Es un ser sobrenatural humanizado por la imaginación del trópico, que es desprevenida, holgoriosa y exuberante.

Los personajes de nuestra América Latina que se estudian en este libro, responden en su obra al mestizaje.

Lo mestizo identifica, facilita y compromete.

Quien no ha leído a los autores que presenta Otto Morales Benítez, adquiere el compromiso ineludible para hacerlo. Porque su juicio, que es siempre certero, descubre el mensaje y endulza la intención. Su manera de decir lo que le agrada de sus autores favoritos, es como una especie de arco iris que se empeña en conducir hacia el tesoro. En ciertos pasajes su propio relato adquiere tanta fuerza doctrinaria —o tal vez más— como el de la página ponderada. Allí aflora su pasión por el paisaje y la riqueza de la historia indoamericana. Por eso se inclina reverente y fraterno ante el Neruda del **Canto General**, el Asturias de las **Leyendas Mayas**, el Haya de la Torre del **Espacio Tiempo Histórico**, el Prebisch de la denuncia estructural, el Eduardo Santos, guardián del idioma, o el Lipschutz, que aunque viene de lejos, se enraiza para enrolarse en la indoamericanidad. Todos ellos tratan de descubrir, no de inventar, y mucho menos intentan interpretaciones bajo el peso de la rigidez de esquemas enunciados a la luz de otras realidades. El destino de nuestra América Latina dependerá siempre de nuestra creación intelectual y nuestras realizaciones. No hay cabida en el compromiso, para el préstamo o la imitación. Cada geografía, momento y conveniencia política, exige su expresión y su deber.

En el campo de la economía la Colonia no permitió ninguna reforma apropiada para el desarrollo interno. Toda la estrategia de la política económica estaba al servicio de la metrópoli. Algunos teóricos esbozaron puntos de vista defensivos, dignos de recordarse. Pero jamás fueron acogidos como conducta oficial. Por el contrario, prácticas feudales, relaciones esclavistas y modalidades ya superadas por el capitalismo europeo, se impusieron en estos territorios. El desarro-

llo natural fue distorsionado para imponer un sistema de conveniencia exclusiva para Europa.

Cuando Otto Morales Benítez estudia los problemas del agro y las formas de tenencia de la propiedad territorial, observa que las fallas del presente responden a la herencia colonial. Y se vale de los propios investigadores españoles, como el profesor Ots Capdequi, para dejar en claro que jamás existió, por parte de los gobernantes españoles, una verdadera política agraria o ganadera.

La historia de la universidad colombiana fue, en el pasado, historia de discriminación y elitismo. Apenas en el presente, con el surgimiento de decenas de centros de educación superior en todas las ciudades, y la modalidad de la enseñanza masiva, se facilita el acceso al pueblo. Sin embargo, la dependencia intelectual e ideológica de algunos educadores-alineados y sometidos a los manuales extranjeros, norteamericanos o europeos, y el tradicionalismo legalista y reaccionario de otros, obstaculizan las posibilidades de la formación de profesionales idóneos que puedan responder a las exigencias de un desarrollo nacional, o regional, con señales de autonomía.

Para Otto Morales Benítez la universidad no puede vivir a espaldas del país. Está obligada con las necesidades e inquietudes del pueblo. En nuestros días el desarrollo y la justicia social constituyen metas apremiantes. Significa lo anterior el choque con lo establecido; la ruptura de trabas que alimentan el atascamiento. En el sector agrícola, por ejemplo, el campesino mestizo requiere de la tierra inculca que reposa en manos de latifundistas ausentes. Pero las reformas no son fáciles de aceptar. Las fuerzas reaccionarias y las oligarquías se oponen a los cambios. De ahí la importancia del concurso de la universidad como organismo de crítica, creación y cooperación.

Este libro, que corresponde al origen y la formación del autor, está dedicado, en buena parte, a los problemas del campo, y específicamente a la reforma agraria. Con estilo didáctico Otto Morales Benítez distingue entre la verdadera reforma —de redistribución de la tierra a la masa campesina, y apoyo planificado para su racional explotación— y otras conductas engañosas.

En Colombia, desde la lucha misma de la independencia se inician los intentos de superar el legado colonial del dominio de pocos sobre la tierra. Bolívar entendió el problema, y a través de decretos firmados en la Nueva Granada y el Perú, entrega una y dos hectáreas laborables a cada uno de los indios y campesinos desposeídos. Treinta años después seguirían su ejemplo José Hilario López y Manuel Murillo Toro. En este siglo, las leyes de 1936 y 1961 son nuevas tentativas. Pero los resultados han sido insuficientes, y ahí está el fenómeno de la concentración desafiando la actitud futura del pueblo, de sus partidos políticos y de la universidad participante.

La viabilidad de la Reforma Agraria, como bien lo observa Otto Morales Benítez, depende, prioritariamente, de la organización campesina. Así se lo recomen-

daba a los campesinos en un discurso pronunciado en 1959 que conserva su vigencia.

Muchos otros son los temas que trata Otto Morales Benítez en sus *Memorias del Mestizaje*. Documento, por lo demás, necesario en estos días en que el análisis doctrinario es poco frecuente en los predios de la política partidista. Porque Otto Morales Benítez es un escritor, pero también un político. Y nunca como ahora su partido precisa de contenidos ideológicos y de claridad en la conducción.

Este libro de Otto Morales Benítez puede servir, al lado de otros documentos que se encargan del análisis de los problemas de Colombia y América Latina, de guía y consulta para la mejor comprensión de los fenómenos propios del subdesarrollo. Pero, ante todo, permite valorar la formación ideológica y la angustia vital de un hombre que quiere servir a su pueblo por el camino de la democracia y la justicia social.

Pradomar, junio de 1984.-